

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

LA VISITACIÓN DE LA VIRGEN

Á

SANTA ISABEL

ACABABA María de recibir el mensaje divino que le anunciaba sus prerrogativas grandes y le revelaba que ella, joven casta y humilde, era la criatura hecha por Dios para realizar el gran misterio, el misterio que en sí contiene la eternidad y el tiempo, los cielos y la tierra y el universo entero: el misterio de la Encarnación del Verbo. El Sagrado Evangelio no interpone suceso alguno entre la Anunciación del Arcángel San Gabriel y el viaje de María á la casa de su prima Santa Isabel. Enseguida, dice San Lucas, levantándose la Virgen, se fué de prisa *cum festinatione* á la montaña, á la ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías y visitó á Isabel. ¿Qué movía á la Santísima Virgen, joven tímida y recogida á abandonar su retiro y salir al mundo? ¿No tenía atractivos vehementes y dulcísimos para su alma aquella soledad tan agradable, aquellas moradas pobres y silenciosas de su casa de aldea, santificadas con la presencia de los celestiales mensajeros, habitadas de continuo por millares que honraban y admiraban su santidad sobrehumana, su dignidad de madre de Dios? ¿No tenía allí recuerdos gratisimos, recuerdos de grandezas, recuerdos de gozos, de penitencias, de oraciones, de lágrimas? ¿No resonaba todavía en ella aquella salutación angélica y elogio portentoso "Ave

María, gratia plena?», La casita de Nazaret tenía para la Virgen atractivos poderosos, pero María parece movida por manos invisibles, más invisibles todavía que las de los espíritus angélicos que atónitos, reverenciaban aquel prodigio, el mayor, el prodigio por excelencia de la gracia divina. Si en su morada pobre y silenciosa resonaba la voz del Arcángel, allá dentro, en su alma, la oía de continuo viva, verdadera y fortalecedora diciéndole lo que era y lo que debía ser. Para María el abandono no era pérdida, lo tenía todo en sí misma; ella era el Arca de la Alianza, que debía ser velada y custodiada; era el gran bien, el bien que á toda costa hay que salvar y que amar. María iba á ser Madre de Dios, no podía dudarlo, y precisamente por serlo emprende de prisa, *cum festinatione*, el viaje largo, molesto, desconocido quizás, sólo para llevar una gota de consuelo, un rayo de luz á unas cuantas almas que la deseaban y esperaban. María no teme por sí ni presume de sí; María se reconoce criatura, pobre, finita, pero sabe los designios de Dios sobre los destinos de la miserable humanidad y sigue decidida la voz de Dios, la voz del Espíritu que interiormente la mueve. Conoce su dignidad y su grandeza; conoce su humildad y la proclama y profetiza que á pesar de ella «la llamarán bienaventurada todas las generaciones».

Cuando María Santísima llegó á la casa de Zacarías y de Isabel se obraron nuevos prodigios y nuevas revelaciones. Seis meses hacía ya que un milagro del cielo había hecho fecundas las entrañas, antes estériles, de Isabel. Su esposo Zacarías, con su forzado silencio, era el mejor testigo del prodigio; su mudez era un castigo por mostrarse incrédulo á la predicción del ángel, que le prometía un hijo y á la vez una prenda del veredicto angélico. Al saludarse aquellas dos nobilísimas señoras, la Virgen Santísima y Santa Isabel, San Juan Bautista, el Precursor del Señor, saltó de gozo en las entrañas de su madre. Santa Isabel se sintió también iluminada por el Espíritu, conoció el misterio y respondió al saludo de la Virgen, diciendo: «Bendita tú entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene á

mi tan gran favor, como es venirme á visitar la madre de mi Señor.”.

Es indudable que la Providencia divina ordenó este misterio de la Visitación para la iluminación y santificación de San Juan Bautista con la presencia del Señor, aún encerrado en las entrañas de la Virgen. San Juan Bautista es el primero que siente el influjo bienhechor de aquella visita, y contra todo el orden de la naturaleza, manifiesta lo que en su alma pasa, y desde aquel momento comienza su misión de Precursor, predicando la presencia del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Pero también es indudable que María Santísima no tuvo una intervención puramente pasiva en la santificación del Bautista, como tampoco intervino sólo pasivamente en la salvación del mundo. Los Santos Padres llaman á porfía á la Virgen corredentora de la humanidad, y cierto que tuvo estas prerrogativas antes de recibir el testamento de su Hijo divino, que desde la Cruz, moribundo, entregaba á su cuidado todos los hombres. San Bernardo llama á la Virgen *canal, acueducto, tesorera, dispensadora de todas las gracias*, y cierto es que también gozó de este poder antes que su cuerpo fuese subido á los cielos en manos de los ángeles, y antes que se verificase el contenido grandioso de ese símbolo hermoso que llamamos la Coronación de la Virgen, y nos permite llamarla con confianza Reina, Reina de los Angeles, Reina de los Patriarcas, de los Mártires, de las Vírgenes, Reina del cielo, de la tierra, Reina de todo lo creado.

María había sido el ensueño de todos los profetas y de todos los justos de la ley antigua: con sólo contemplarla de lejos, como futura, habían todos ellos bajado al sepulcro, llevando en su alma la paz y la esperanza, que sólo del Mesías y de su Madre la Virgen podían venirles: para ellos María era la mujer que aplastaba con entereza varonil la cabeza del Dragón; para otros era la vara de Jesé, produciendo una flor bellísima, sobre la cual reposaba el Espíritu de Dios; para otros la mujer fuerte, la nube que refresca y fecunda, la virgen madre de Emmanuel. San Juan Bautista era el lazo de unión entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, con él cesaban las sombras y las figu-

ras, era el último testimonio, testimonio pleno de la luz y de las realidades. San Juan señalaba con el dedo al simbolizado por un cordero inocente y cándido, á Nuestro Señor Jesucristo, que era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, que era la realidad que desvanecía toda figura, que evacuaba toda profecía, que acallaba todos los deseos y todas las ansias y todas las aspiraciones: el Dios-Hombre que venía al mundo para perdonarle sus pecados y restaurar en él todas sus cosas con el poder de su nombre divino. María, pues, tenía también que obrar en el alma del Precursor de Cristo con más intensidad y con más eficacia que en los antiguos profetas y en los antiguos justos. Y así para la santificación del Bautista en el vientre de Santa Isabel fué necesario que Cristo se la diese á él, como se había prometido á los antiguos, y como se nos da á nosotros los hijos de la luz plena y de la gracia plena por medio de María, con la presencia de María, con la cooperación de María. Ved la justicia de la Virgen hecha no sólo sinceridad y verdad, sino también amor y vida, expansión, apostolado, celo. El espíritu del Señor la guiaba con ímpetu irresistible y con suavidad admirable. María lleva en su seno el reino de Dios y siente vivas ansias por difundirle y hacer participantes de él á todas las criaturas, posee la plenitud de la luz y quiere que de hecho se comuniquen á todo hombre. María se apresura, deja su soledad dulce, su retiro apacible, camina, espera, sufre, busca á Isabel, porque la propagación del reino de Dios y de la justicia de Cristo exige que ella por sí misma lleve ese mismo reino de Dios y esa misma justicia de Cristo á Zacarías, á Isabel, á San Juan Bautista. Y San Juan recibió la luz y la gracia del Espíritu Santo y saltó de gozo en el vientre de su madre. Santa Isabel sintió también en su alma el influjo, la luz, la gracia al mismo tiempo que sentía el gozo del fruto de sus entrañas, por virtud divina fecundas; y al recibir el primer abrazo, el primer saludo de María, exclamó, iluminada: "Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre: ¿cómo he merecido yo que la Madre de Dios venga á visitarme á mi casa?,"

Los incrédulos, los impíos, ridiculizan el culto que

los cristianos damos á la Santísima Virgen: muchos cristianos que no lo son de verdad, tampoco aciertan a concebir la confianza plena con que nosotros llamamos á la Virgen abogada, refugio, esperanza, Madre. Es que sin duda ni unos ni otros han pronunciado nunca con sinceridad y con amor el saludo inspirado de Santa Isabel. Los incrédulos, los desgraciados nunca han recibido á Cristo y por eso no reconocen á la Virgen ni como su madre ni como bendita entre todas las mujeres; los cristianos malos, los blasfemos, los inobedientes, los que no respetan á sus semejantes han recibido á Cristo por medio de la Virgen, pero ya no la tienen, ni tienen humildad, ni sinceridad, ni amor, ni pueden llamar á la Virgen con confianza plena, abogada, refugio, esperanza, Madre. La Madre del Bautista descubrió y sintió en ese instante toda la grandeza y todo el poder de María y la proclama bendita entre todas las mujeres, madre de su Dios, y confiesa que María le ha comunicado la luz, la vida, su Dios.

La Iglesia nos ha conservado el saludo de Santa Isabel á la Virgen Santísima y nos exhorta á que lo repitamos con insistencia y devoción. Cada vez que rezamos el *Ave-María* reproducimos en uno el saludo del Arcángel San Gabriel en la Anunciación, y el de la Madre del Bautista en la Visitación, proclamamos á la Virgen Santísima bendita entre todas las mujeres, Madre de Dios, bendecida por Dios, que desde la eternidad la ha amado y escogido, que la ha anunciado por medio de su Espíritu, que ha preparado su advenimiento puro é inmaculado, que la ha llenado de gracia, á quien ha enviado su Espíritu para que en ella morase y su virtud para que la hiciese la más noble de las criaturas: bendecida por los hombres, porque en María han pensado todos los hombres, porque todas las generaciones la han aclamado bienaventurada; bendecida por Dios y por los hombres porque ella es el modelo perfecto de la justicia de Cristo, de la sinceridad y del Apostolado.

M.

UNA VISITA AL HOSPITAL

UNA circunstancia especial puso la pluma en mis manos para escribir estas cuartillas. Hace poco más de un mes que el pueblo salmantino ha enaltecido la memoria de su último Obispo, D. Fr. Tomás Cámara y Castro, levantando en honor de tan ilustre Prelado una hermosa estatua, que hablará á las generaciones venideras del agradecimiento con que este pueblo ha correspondido á los beneficios que recibió de aquél. Esto despertó en mí un deseo; ¡quisiera, me decía, poder contribuir con mi grano de arena á perpetuar la memoria de este héroe, que tanto se desveló por mantener y aumentar las glorias de la histórica ciudad del Tormes! En aquellos momentos de entusiasmo me quería persuadir á que era capaz de escribir la historia del difunto Prelado; mas luego me desengañé; mi obsequio consistirá en una cosa muy sencilla, en manifestar á mi manera las impresiones de mi visita al magnífico Hospital, obra debida á la pródiga mano del compasivo y dadivoso Obispo. En su honor comienzo mi relación.

Me había imaginado mucho más triste la vida hospitalicia: creía que entrar en estas casas era como penetrar en los antros oscuros y lúgubres de la morada espantosa de la muerte. No es así. Lo artístico del edificio al estilo moderno, su claridad, su espaciosidad, su limpieza y demás requisitos que exige la higiene, hacen que pueda compararse á los mejores palacios. Esto sólo desengañó mi equivocada imaginación; pero todavía faltan las razones más poderosas. El pobre enfermo que allí se acoge, encuentra los medios de recuperar su salud quebrantada sin pensarlo. La vida sosegada, sin preocupaciones, la placidez, la calma, son sin duda factores importantes que dan el resultado que llamamos el bienestar del hombre: esto lo tienen los enfermos del Hospital. Ánge-

les y no hombres son los que asisten á esos necesitados. Las Hijas de San Vicente Paúl no pueden llamarse sino ángeles de paz, embajadores divinos, que anuncian siempre días de bonanza: por esto el lecho del dolor se convierte en delicioso descanso, y la muerte parece que pierde su poderío despótico, y teme penetrar en aquella mansión de paz.

Si visitamos una por una las habitaciones todas de las diferentes clases de enfermos, quedaremos plenamente convencidos de lo que afirmo. En todas se oyen las mismas palabras; aquellos pobres dolientes no tienen lengua sino para bendecir al Señor que les deparó tantos medios de subvenir á sus necesidades, y almas caritativas que enjuguen sus lágrimas. Esto es cierto que admite alguna excepción. Ya sé que para llegar á este reconocimiento, interviene la experiencia. Después que el enfermo siente aliviarse su dolor, cuando observa la paciencia y la solicitud con que es servido por las Hermanas de la Caridad, es cuando hace la confesión que dijimos. Reciben con la salud del cuerpo, la educación salvadora del alma; esto es lo que dulcifica su lenguaje, lo que les hace reflexionar, y más tarde ó más temprano, llegan á reconocer su falta de respeto, su ligereza en el modo de juzgar de sus bienhechores. El beneficio de la educación es demasiado valioso, para que pueda despreciarse.

¿Diremos algo sobre los medios materiales de que están provistos los hospitales? En resumen digo que he visto todo lo que la ciencia médica más adelantada enseña, lo mismo con respecto á los alimentos, instrumentos de operación, disposición de las habitaciones según la higiene, etc. Y á todo esto se añade la asistencia diaria de médicos competentes.

Estas obras heróicas de caridad no existen fuera del Cristianismo; el decantado altruismo es un sueño. La naturaleza es verdad que inclina al bien; mas, no estando pura, hallándose mezclada con el egoísmo, pierde su orientación, y sólo el Evangelio ha conseguido enderezar su tendencia, sólo Cris-

to que por sus hermanos dió su vida, puede hacer esos milagros.

Nadie rehuse visitar estos lugares; aseguro que, lejos de infundir horror, mueven suavemente al sentimiento. El corazón palpita con rapidez ante el lecho del dolor, se estremece el cuerpo al oír un triste ¡ay!, mas, yo no sé qué fenómeno interno se siente, que ahuyenta la tristeza, y sólo se percibe una impresión intensa, pero indefinible. Es el misterio del amor, es la valentía de la caridad cristiana. Llorar con los que lloran, y regocijarse con los que se regocijan, según el precepto del Apóstol, es lo más alegre, lo más divino que se puede imaginar. ¡Y cómo educan estas cosas al corazón!

Salamanca nunca podrá olvidarse del fundador del nuevo Hospital que posee; y este recinto bendito seguirá siendo la mansión de paz y refugio de muchos desvalidos.

W.

UNA NUEVA GRACIA PONTIFICIA

Es una actualidad entre la gente devota la innovación que acaba de establecer S. S. Pío X respecto de los escapularios. Conviene decir algo sobre esta nueva concesión y la manera de entenderla y aprovecharla.

Sabido es que para gozar de las gracias é indulgencias concedidas á los escapularios hasta ahora, se requerían tres condiciones, á saber: recibir la imposición del escapulario bendito de quien estuviera facultado, ser inscrito en la Cofradía ó Asociación respectiva cuando dicho escapulario constituye la insignia ó distintivo, y llevarlo sobre sí habitualmente y no de cualquier modo, sino de suerte que una pieza cayera sobre la espalda y otra sobre el pecho.

La nueva concesión deja en pie la necesidad de que el escapulario sea impuesto por quien tenga facultades, y lo mismo la necesidad de inscribirse en la Cofradía cuando las in-

dulgencias del escapulario sólo están concedidas á los que se alisten como cofrades; pero en vez de exigir que se lleve habitualmente el escapulario, autoriza á determinados sacerdotes para bendecir medallas que sustituyan á los escapularios. Aún es más ámplia la concesión: los escapularios era menester llevarlos todos para ganar las indulgencias de cada uno; medalla basta una para todos los escapularios que se hayan impuesto; los escapularios era necesario llevarlos, como hemos dicho; la medalla basta llevarla de cualquier modo, al interior ó al exterior, en la cadena del reloj, en el rosario, etc.

Las ventajas de la sustitución del escapulario por la medalla, saltan á la vista. Lo que las medallas exceden á los escapularios en elegancia, limpieza, comodidad, duración, cualquiera lo puede observar por sí mismo. El Papa no ha hecho más que satisfacer los deseos de los que tantas veces habían querido armonizar la devoción con el buen gusto. En verano sobre todo y en países cálidos siempre, los escapularios son incómodos y poco limpios.

La costumbre, sin embargo, nos tenía hechos á los escapularios y la devoción puede que haga á muchos pensar si será lo mismo, *si valdrá*, como dice el pueblo. Subamos á los orígenes de los escapularios y hallaremos satisfactoria respuesta á nuestra inquietud. El escapulario es un signo convencional de nuestra devoción al Señor, á la Virgen ó á los Santos, y al cual la Iglesia ha concedido determinadas gracias é indulgencias. Históricamente el escapulario es una parte del hábito de algunos Religiosos, como los Benedictinos, Dominicos, Carmelitas, etc. Primeramente se comunicó á los Terciarios y Terciarias, que aunque vivían en el mundo, vestían hábitos religiosos y guardaban una regla que participaba más ó menos de la regla de la Primera Orden. Más tarde comenzaron los Terciarios á dejar el hábito religioso y á vestir como la demás gente, y entonces fué cuando se imaginó el actual escapulario pequeño, como para guardar un recuerdo y conservar algo de lo antiguo. Y por lo que significaba y recordaba, se atribuyó al hecho de traerle el mismo valor, las mismas gracias é indulgencias que al escapulario monacal ó religioso.

Bien se ve que el escapulario actual representa al verdadero escapulario, porque en eso hemos convenido y tiene las gracias é indulgencias concedidas al escapulario de los Reli-

giosos, porque la Iglesia así lo ha querido. ¿No podrá la Iglesia con el mismo derecho conceder que al primitivo escapulario le represente una medalla? Además muchos escapularios pequeños fueron ya en su origen sólo signos de devoción y no recuerdos de ningún hábito religioso, por ejemplo el azul, el del *Buen Consejo*, el del *Sagrado Corazón*, y si las personas piadosas que los inventaron los prefirieron á las medallas, fué porque entonces estaban más en boga los escapularios, y sobre todo porque antes no era tan fácil como ahora tener medallas.

Por lo demás, si bien se mira, las medallas son signos más expresivos de devoción que los escapularios. La medalla, por sí misma, representa á quien amamos, tiene la imagen del Señor, de la Virgen, del Santo á quien nos encomendamos. Ella misma dice la fe que profesamos y lo que queremos significar con traerla. Es asimismo más fácil llevarla al exterior para que sirva de testimonio de nuestra fe, de argumento de nuestra piedad y de protesta contra la frialdad del mundo.

Por eso es de creer que la nueva gracia pontificia contribuya á generalizar el uso de las medallas, aun al exterior y los signos del Sagrado Corazón, de la Inmaculada, de la Virgen del Rosario, del Carmen, de San José, etc., revelarán los sentimientos de muchas almas y dirán al mundo los frutos de piedad, de modestia cristiana, de confianza filial en Dios que producen en quienes los escogen por protectores y amigos. Para sustituir á los escapularios de Nuestro Señor, usaremos una medalla que le represente; para sustituir á los de la Virgen, una que represente á la Madre de Dios, bajo cualquier advocación. ¿No será esto un recuerdo de su protección, un estímulo para nuestra devoción, un reproche de nuestra tibieza? ¿No viviremos más tranquilos trayendo con nosotros sus santas imágenes?

Pero no olvidaremos que la medalla es para sustituir al escapulario en el uso diario, no para suprimirlo. Nadie se descuidará en imponérselo; las Asociaciones que tienen por distintivo un escapulario, usarán para la ceremonia el bueno, el que se reservará para las funciones de la corporación, y luego para el uso interior y ordinario, podrán con ventajas emplear la medalla. El procurar las medallas será cosa fácil; para imponerse el escapulario se requiere estar uno presente; para tener una medalla bastará enviarla á que la bendiga

quien tenga facultades ó pedir que nos mande una á persona conocida.

Ahora el cristiano que no se imponga el escapulario, no tendrá disculpa ninguna; sólo podrá alegar su tibieza. El imponérselo nada cuesta, la medalla es cómoda y tal imposición á nada obliga más que á traer esta última con devoción, pero como mejor nos convenga.

¿Habrá conseguido Pío X que todos los cristianos lleven esculpida en bronce la imagen de Cristo su Redentor, y la de María su amada Reina?

FR. C.

EL PROBLEMA RELIGIOSO

A sí lo llaman los políticos que por nuestros pecados nos gobiernan, aunque nadie más que ellos ve tal problema, porque realmente no existe fuera de su flaco cerebro. Y, si no, veamos en qué consiste, según ellos, ese problema. Dicen esos señores que las Ordenes religiosas desde unos cuantos años acá se han multiplicado excesivamente, impidiéndose unas á otras para vivir y obrar con provecho; que gozan de privilegios injustificados; y que las que se dedican á diversas industrias no satisfacen los impuestos y hacen una competencia ruinosa á los industriales y comerciantes seculares. Todas estas afirmaciones son otras tantas mentiras cuyo fin no es otro que engañar á muchos católicos incautos, para que no protesten, y entre tanto hacer ellos el negocio á los masones y revolucionarios que por ese camino los empujan. Las estadísticas más recientes prueban que, habida proporción con el número de habitantes y extensión territorial, España es una de las naciones del mundo que da asilo á menor número de religiosos. Inglaterra y Alemania, con ser países protestantes, la aventajan en este punto, y sobre todo la supera con una gran proporción Bélgica, que es la nación más floreciente del Globo. ¿Cómo ha de haber en España excesivo número de personas y de Congregaciones religiosas, cuando existen diócesis en que no hay un solo convento y muchas que no tienen más que uno ó dos en la capital? A nuestros anticlericales hasta los dedos se les antojan huéspedes, y es

tal su odio á las Ordenes religiosas, que ni á distancia quisieran ver el sayal de un fraile. Como en nuestros días abundan tanto los hombres honrados, no es extraño que los religiosos estén de sobra para ellos. El protestante Guizot, ilustre escritor y hombre de estado, decía, aplicándosele á los religiosos, que nunca hay demasiados hombres de bien en una nación, y otro protestante, el difunto Rey de Inglaterra, Eduardo VII, al saber las persecuciones de que en Francia eran objeto las Ordenes religiosas, exclamaba: «No comprendo cómo pueden hacer eso con ciudadanos cuyo único delito es hacer el bien». Nuestros políticos, que se tienen por muy católicos, opinan de otro modo; por eso quieren negar á los religiosos la hospitalidad y la libertad que con largueza otorgan á los anarquistas y demás perturbadores del orden.

Se comprende la razón de sus antipatías. La guerra al clericalismo, la lucha contra la Iglesia y contra sus ministros es el medio de que se valen para conquistar los primeros puestos de la nación; tremolando esa abominable bandera en cuyo lienzo está escrito el lema del anticlericalismo, han logrado halagar los odios y las concupiscencias de los enemigos de la Religión y del orden y que ellos les presten su apoyo para subir al poder. Una vez conseguido su intento, bien quisieran prescindir de los que les sirvieron de escalera, porque ven enfrente y en contra de sí otro grupo mucho más numeroso formado por las gentes de orden, por las personas decentes, por los católicos; pero los otros les siguen apretando, piden cada vez con más atrevimiento y con fuertes amenazas el cumplimiento de promesas que en otro tiempo les hicieron, quizá sin ánimo de cumplirlas; por eso los de arriba, ante el peligro de ser derrocados desde las alturas del poder, procuran hacer algo para contentar á sus auxiliares. No ignoran que los amigos de la Ordenes religiosas, ó sean todos los buenos católicos, somos los más y que, si exigiéramos el respeto á nuestros derechos con la fuerza con que los enemigos piden que se acceda á sus caprichos, nadie podría resistirnos; pero también saben que nosotros nunca llegamos á los extremos á que llegan los anticlericales; confían en nuestra mansedumbre y en que seguiremos aguantando en silencio los ultrajes á nuestras creencias. Por eso es necesario hacerles ver que no estamos dispuestos á sufrir por más tiempo sus injustas arbitrariedades, que no podemos consentir que se conculquen nuestros derechos y se esclavice á la Iglesia y á sus ministros con

leyes tiránicas. Y, pues, vemos que por las vías de la razón nada se consigue; debemos apelar á la protesta por todos los medios legales. El periódico, el mitin, las manifestaciones públicas, son otros tantos medios para hacer conocer al señor Canalejas y á su gobierno que la mayor parte de los ciudadanos reprueban sus proyectos anticlericales y no quieren consentir que en España se introduzca el sectarismo francés que él predica y ahora pretende imponernos por reales Ordenes.

Cosa más incomprensible que lo que está haciendo el Presidente del Consejo de Ministros no se concibe. Dice que las Congregaciones religiosas abundan demasiado en nuestro suelo, y no se queja ni pone trabas á las asociaciones y centros anarquistas, masónicos y revolucionarios que cada día se multiplican de un modo alarmante; quiere mermar los mal llamados privilegios de los religiosos y en cambio concede á los protestantes y demás sectas disidentes la libertad, que hasta ahora no tenían, de hacer públicas manifestaciones de su culto y ostentar en sus capillas todos los signos de sus falsas creencias; se lamenta del atraso en que se halla nuestra industria y comercio y trata de impedir que algunas Congregaciones se dediquen á elaborar y mejorar ciertos productos y los vendan libremente. ¿Pues qué, los Religiosos no son ciudadanos como los demás españoles? ¿No tienen ellos los mismos derechos que cualquiera que en esta tierra haya nacido ó en ella haga su domicilio? ¿Quién le ha dicho al señor Canalejas que los religiosos no pagan al Estado los derechos que éste impone á todo industrial? Que se entere, que pregunte á los oficiales encargados del cobro de impuestos y contribuciones y verá cómo los Religiosos son los que pagan con más fidelidad las cargas que les corresponden. Ya quisiera el Estado que todos fuesen tan exactos como los frailes en sufragar los impuestos. Pero algún pretexto era necesario inventar para dar el golpe sin alarmar las conciencias.

El paso que el Jefe del Gobierno acaba de dar debe poner en guardia á los católicos, pues el peligro que se avecina es muy digno de temerse. Porque el Sr. Canalejas, al emprender la jornada de persecución contra las Ordenes religiosas, á pesar de las protestas del Sumo Pontífice y de los católicos españoles, ó sólo se ha propuesto dar gusto á los republicanos, masones y demás enemigos del orden y de la Iglesia, á los cuales en vano pretenderá hartar con carne de curas y frailes, ó es que de veras intenta llevar á la práctica su programa de gobierno, que es lo más radical que pudieran desear nuestros enemigos.

De todos modos, debemos persuadirnos de que él, por miedo ó por convicción, irá tan lejos como nosotros le consintamos. Por de pronto, en el discurso de apertura de las Cortes puso en boca del Monarca conceptos tan graves y tan atrevidos propósitos contra las prerrogativas de la Iglesia y derechos de los católicos como no se habían escuchado en el Congreso en tal ocasión desde que padecemos el régimen constitucional. No se contentó con indicar los planes en contra de las Ordenes religiosas que ya dejamos expuestos, sino que afirmó que se proponía librar á la enseñanza universitaria de toda tutela dogmática, palabras que, ó son una vaguedad huera, como tantas otras para salir del paso, ó, si tienen un sentido concreto, no es otro que el propósito por parte del Sr. Canalejas de secularizar por completo la enseñanza. Ese es el caso que hace de tantos mítines y protestas como se han celebrado contra las escuelas laicas. Si sus palabras se cumplen (y se cumplirán, si á tiempo no impiden los católicos sus perversos intentos), pronto desaparecerá de las Universidades é Institutos, y quizá también de las escuelas, la enseñanza religiosa, como han desaparecido las cátedras de Teología, y desde entonces, ya podrá cualquier profesor oficial vomitar impunemente las mayores atrocidades contra Dios y contra la Religión, convirtiendo la cátedra de la verdad y de la ciencia en escuela pública de blasfemias y de errores. Ya lo hacían algunos contra todo derecho, pero, á lo menos, quedaba á los Obispos el recurso de denunciar al ministro de Instrucción pública los abusos que en materias religiosas se cometieran en la enseñanza; el día que ésta por completo quede secularizada, ni aun esto les será permitido; cualesquiera herejías é impiedades podrán ser expuestas á los discípulos, con pretexto de una mentida neutralidad, que de ordinario se convertirá en ataque al dogma y á las creencias católicas.

Deber de los católicos es vivir prevenidos contra toda sorpresa y estar dispuestos á defender sus derechos de cualquier injusto atropello. Bien está, y es lo más necesario, encomendar á Dios el remedio y pedirle que desbarate los planes de los impíos; pero también hay que persuadirse de que no todo debemos esperarlo de Dios. Algunas veces se hace preciso empuñar el látigo para ahuyentar del santuario á los perros y demostrar á los anticlericales que si tenemos humildad para rezar de rodillas, también tenemos fuerzas y valor para combatir de pie y con la frente levantada.

J. PRIETO.

SECCION DE NOTICIAS

De Su Santidad.—Pío X, con motivo del tercer centenario de la muerte de San Carlos Borromeo, publicó una importantísima Encíclica, en que se refería la historia del Protestantismo en sus comienzos. Esto disgustó mucho á las sectas protestantes, que una vez más *protestaron* ruidosamente en los periódicos, en públicas manifestaciones y hasta en el Parlamento. El Gobierno, haciendo caso de estas injustas declaraciones, pidió explicaciones á la Santa Sede. Su contestación parece que ha calmado algo los ánimos irritados por las claras verdades que la Encíclica decía con respecto á los reformadores del siglo xvi.

—Los proyectos anticlericales del Gobierno español también han causado al Papa hondas amarguras. Dicen que al presentarle su Secretario de Estado una reciente nota del Gobierno de nuestra nación, haciendo injustas reclamaciones en lo referente á las Ordenes Religiosas, nuestro Santísimo Padre se echó á llorar amargamente, viendo los estragos que aquí empieza á causar la impiedad. Hasta ahora España era su consuelo; pero ahora no puede menos de temer por su suerte, al ver que la persecución religiosa empieza aquí lo mismo que empezó en Francia. Roguemos á Dios á fin de que no lleguen las cosas al extremo á que en la vecina República

Concesión del Prelado.—Nuestro Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo se ha dignado conceder, como en años anteriores, permiso para trabajar en los días festivos mientras duren las faenas de la recolección de los frutos, y solamente para esta clase de trabajos. Exceptúa de la licencia las festividades de San Juan de Sahagún, San Pedro y San Pablo, Santiago Apóstol, Asunción y Natividad de la Virgen.

Distinción merecida.—Ha sido concedida la gran cruz de primera clase del Mérito militar con distintivo rojo y libre de gastos á quince religiosas, por la abnegación y caridad de que dieron pruebas en la asistencia de los soldados heridos en Melilla. En decreto aparte se otorgó la misma condecoración á Sor María Alegría de Jesús, natural de esta provincia, la cual, como saben nuestros lectores, se dejó cortar varios trozos de su propia piel para injertar en la herida de un soldado. Esto, no obstante, el Gobierno sigue en su malhadada obra de proscribir, si puede, á las Ordenes religiosas.

Nueva beatificación.—Bajo la presidencia de Su Santidad, se reunió hace poco la Sagrada Congregación, para ocuparse del despacho del expediente de beatificación de la V. Margarita Bourgeois.

De engaños.—El Ayuntamiento de Amiéns, en Francia, ha resuelto pedir que vuelvan á encargarse del hospital las Hermanas de la Caridad expulsadas de allí hace algunos años, en vista de las inmoralidades de todo género cometidas por los enfermeros laicos.

«Manual del Propagandista», por la Redacción de «Ora et Labora».— Hemos recibido un ejemplar de este interesante libro, que acaba de ponerse á la venta.

De 126 páginas, mas algunas hojas adicionales, contiene una explicación breve y sencilla de los diversos medios de propaganda, multitud de datos interesantísimos, una sección bibliográfica completa y un catálogo con el título, periodicidad y dirección de 260 publicaciones católicas.

Recomendamos á nuestros lectores adquieran sin dilación este libro, indispensable *Vademecum* de todo el que conozca la importancia de la prensa católica y desee su prosperidad.

Cada ejemplar se vende á 25 céntimos, franco de porte, y lleva un *vale* que da derecho á recibir gratuitamente del Centro del Seminario de Sevilla varios impresos de propaganda y números de muestra de las publicaciones que se deseen.

Pídase al señor Administrador de *Ora et Labora*, Seminario de Sevilla.

La misma Redacción ha tenido la bondad de enviarnos un ejemplar de la hoja titulada *Pues yo no le encuentro nada malo*.

Esta hoja de propaganda, dedicada á los católicos que todavía leen la mala prensa, y que lleva por título la misma objeción que ellos presentan: *Pues yo no le encuentro nada malo*, ha tenido un éxito tal que ha superado las esperanzas optimistas de sus editores.

Ahora acaba de hacerse una quinta edición de 25 000 ejemplares, que creemos se agotará tan rápidamente como las cuatro ediciones anteriores.

Agradecemos el ejemplar que hemos recibido y recomendamos á nuestros lectores pidan siquiera un centenar de dichas hojas al Secretario de la Asociación Nacional de la Buena Prensa, calle Don Remondo núm. 5, Sevilla, y las repartan entre aquellos á quienes convengan. Vale cada ciento una peseta, siendo el franqueo y certificado gratis en los pedidos de 500 ejemplares en adelante.

La Asociación del Rosario Perpetuo.—Acaba de publicarse una *Memoria* en que consta su floreciente estado actual y el brillante porvenir que le espera. Los señores Jefes del Rosario hallarán consuelo y alientos viendo cómo marcha la Guardia de Honor de María.

A D V E R T E N C I A

Con el número anterior empezó el segundo año de nuestra humilde revista. Para su buena marcha es preciso que el pago de las suscripciones sea por adelantado, como lo exigen casi todas las publicaciones. Por eso rogamos á nuestros suscriptores que no hayan abonado el importe del año que empieza, lo hagan lo más pronto que les sea posible. Con más razón se lo pedimos á los que todavía no han satisfecho la suscripción del año pasado.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.